

de un catalán, gritando con todas las fuerzas de mis pulmones: ¡Viva la hospitalidad española!

Pocas horas después, me hallaba en un vagón del tren de Madrid, y aun duraba el silbido de la locomotora, cuando me di una palmada en la frente: ¡Ay de mí: era tarde! ¡Me había olvidado de visitar en Valladolid la casa donde murió Cristóbal Colón!



MADRID



UANDO al rayar el alba uno de mis compañeros de viaje me gritó al oído:

—¡Caballero!

—¿Nos hallamos ya en Madrid?—le pregunté despertando.

—Todavía no—me contestó,—pero mirad.

Miré hacia la campiña y ví como á media milla de distancia, en la falda de un monte, el convento del Escorial iluminado por los primeros rayos del sol. La mayor mole de granito que existe en la tierra, como ha dicho un viajero ilustre, no me pareció á primera vista el inmenso edificio que el pueblo español considera como la octava maravilla del mundo. No obstante lancé un "¡O!" como los demás viajeros que por primera vez lo veían, reservando toda mi admiración para el día en que lo visitara con toda calma y sosiego. Del Escorial á Madrid el ferro-carril atraviesa una árida llanura, que recuerda la de Roma.

—¿Vd. no ha visto Madrid?—me preguntó mi vecino.

Respondíle que no.

—¡Parece imposible!—replicó el buen español mirándome con aire de curiosidad como diciendo:—¡Ahí tienen Vds. á un hombre que no ha estado nunca en Madrid!

Después, púsose á enumerar las grandes cosas que vería: ¡qué paseos! ¡qué cafés! ¡qué teatros! ¡qué mujeres! Para él que tenga cien mil francos de renta, no hay nada como Madrid; es un gran monstruo que devora los patrimonios.—De vivir allí, quisiera darme el gusto de ver cómo devoraba el mío.—Estreché con la mano mi escuárido porta-monedas, murmurando: ¡Pobre monstruo!

—¡Hemos llegado!—gritó el español.—¡Mirad! Saqué la cabeza por la portezuela.

—Aquello que allí se ve es el Palacio real.

Y con efecto, ví sobre una altura una mole inmensa; pero cerré en seguida los ojos, porque el sol me daba de lleno en la cara. Todos se levantaron y empezó el acostumbrado movimiento, "de capas y de maletas y trapajos" que impide casi siempre la primera vista de una ciudad. Paró el tren; bajé y me encontré en una plaza llena de coches, entre una numerosa turba. Cien manos se extendieron para cogerme el equipaje, y cien bocas murmuraron en mis oídos: aquello era realmente un infierno de mozos de cuerda, de carruajes, *ciceroni*, dependientes de *casas de huéspedes*, guardias y muchachos. Abríme paso á fuerza de puños, me metí en un *ómnibus* lleno de gente, y en marcha. Se sube por una cuesta, se atraviesa una gran plaza, se enfila una calle larga y derecha y se llega á la *Puerta del Sol*. ¡El golpe de vista

es soberbio! Es una plaza semi-circular, rodeada de altos edificios, en la cual desembocan como otros tantos torrentes, diez grandes calles; en cada calle reina un rumor incesante de pueblo y carruajes. Todo cuanto se ve es proporcionado á la grandiosidad del sitio. Las aceras son anchas como vías, los cafés grandes como plazas y una pila de fuente como un lago. En todas partes una muchedumbre compacta y movediza, un ruido que ensordece y un no sé qué de alegre y festivo en los semblantes, en los gestos y en los colores, que hace que no parezcan extranjeros, ni hombres, ni ciudad, dándole á uno tentaciones de confundirse en aquel estrépito, saludar á todos y correr de un lado para otro, como si se tratara no de un pueblo desconocido, sino de gentes y cosas conocidas de antemano. El coche me dejó en una fonda, pero me eché en seguida á la calle caminando á la ventura. No hay en Madrid grandes palacios, ni antiguos monumentos artísticos; pero sí anchas y espaciosas calles, limpias, alegres, con casas pintadas de vivos colores, cortadas por plazas de mil diversas formas, trazadas casi al azar, y en cada plaza un jardín, una fuente y una estatua. Algunas calles, pendientes, de modo que al entrar en ellas, se ve el cielo en el fondo, como si fueran á desembocar en campo abierto; pero cuando se llega al punto más bajo, se abre otra calle anchísima. A cada paso, una encrucijada de cinco, seis y hasta ocho vías con continuo movimiento de vehículos y gente. Las paredes, cubiertas á grandes trechos por carteles de teatros; en las tiendas, incesante entrar y salir; atestados los ca-

és; y en todas partes la animacion y la vida de gran ciudad. La calla de Alcalá, anchísima que casi parece una plaza rectangular, divide á Madrid por el centro; de la *Puerta del Sol* hácia oriente desemboca en una vasta llanura que se extiende á lo largo de todo un lado de la villa, con jardines, paseos, plazas, teatros, plaza de toros, arcos de triunfo, museos, pequeños palacios y fuentes. Me subí á un coche, y le dije al cochero:—“¡Vuela!”

Pasé por cerca de la estatua de Murillo, remonté la calle de Alcalá, enfilé la del Turco, donde fué asesinado el general Prim; atravesé la plaza de las Cortes, en la cual se levanta la estatua de Cervantes; llegué á la plaza Mayor, teatro de los horrores de la Inquisicion; volví atrás y pasé por delante de la casa de Lope de Vega; llegué á la anchísima plaza de Oriente, frente al palacio real, donde se ve la estatua de Felipe IV, en el centro de un jardin rodeado de cuarenta estatuas colosales; dirigíme luego hácia el centro, atravesando otras calles anchas, alegres plazas y encrucijadas llenas de gente, y encontréme por último en la fonda diciéndome: “Madrid es grande, alegre, rico, populoso y simpático, y quiero verle por completo y gozarle á mis anchas hasta donde me lo permitan los balances de caja y lo adelantado de la estacion.” A los pocos días un buen amigo me encontró una casa de huéspedes en la cual me instalé. Las tales casas no son más que familias que dan de comer y dormir á estudiantes, artistas y forasteros, á precios que varían segun se duerme y segun se come, pero siempre más barato que en las fondas.

con la inmensa ventaja de que en tales casas se respira cierto aire de familia, se estrechan amistades, y el trato es mucho más cordial y cariñoso. La patrona era una buena señora de unos cincuenta años, viuda de un pintor que habí estudiado en Roma, Florencia y Nápoles, y conservado toda su vida un grato y afectuoso recuerdo de Italia. Ella misma sentía por nuestro país vivísima simpatía, y en verdad, que me la demostró asistiendo todos los días á mi comida para contarme la vida, suerte y milagros de sus parientes y todos sus amigos, como si en Madrid no tuviera más confidente que yo. A pocos españoles he oido hablar de una manera tan franca, tan expedita, con tanta abundancia de frases, de modismos, de comparaciones y proverbios. Los primeros días quedé desconcertado, pues con dificultad la comprendía, y á cada momento me veía obligado á suplicarle que me repitiera lo dicho, sin que por esto lograra siempre entenderla. Entonces caí en la cuenta de que estudiando el idioma en los libros, habí perdido el tiempo llenándome la cabeza de frases y vocablos que casi nunca se emplean en la conversacion ordinaria, mientras que no habí parado mientes en otros muchos que son indispensables. Debí, por lo tanto, empezar á recoger, á tomar notas, y sobre todo, á estar siempre con el oido atento para sacar provecho, en cuanto me era dable, de los discursos de la gente. Y me persuadí de esta verdad: se puede permanecer diez años, treinta, cuarenta en una ciudad extranjera, pero si desde el principio no se hace un esfuerzo, si no se estudia siempre, si no se está á cada momen-

to con tamaño ojo abierto—como decía Giusti—ó no se aprenderá nunca el idioma, ó se hablará siempre mal.

Conocí en Madrid á algunos italianos viejos que se hallaban en España desde niños y que hablaban un español infame. Porque la verdad es, que la española no es una lengua fácil ni aun para nosotros los italianos, ó mejor dicho, presenta las grandes dificultades de las lenguas fáciles, además no tenemos el derecho de destruirla, dado que no nos es necesario expresarnos en ella para hacernos entender. Al italiano que quiera hablar español entre gente culta, cuando le entendería todo el mundo si hablase francés, le es necesario justificar su atrevimiento, hablando con galanura y seguridad. El idioma español, por lo mismo que tiene con el nuestro más puntos de contacto que el francés, se nos resiste mucho más para ser hablado con facilidad, ó mejor dicho de oído, sin decir despropósitos. Así se dice mucho más fácilmente *propre, mortuaire, délice*, sin que se os escape pronunciar *proprio, mortuario, delizia*, que decir sin equivocarse *propio, mortuario, delicia*. Se va uno con suma facilidad y sin advertirlo, al italiano; se invierte el orden gramatical á cada instante y siempre se tiene el idioma propio en los labios y en el oído, de tal modo que embaraza, confunde y acaba por hacer traicion. La pronunciación española no es ménos dura que la francesa; la *jota* árabe, tan fácil de pronunciar cuando se presenta sola, es difícilísima cuando en una sola palabra se encuentran dos, ó muchas en una oración: la *zeta* que se debe pronunciar como

pronuncian la *esse* los que *cecean*, requiere un ejercicio largo y paciente, porque tiene un sonido desagradable y muchos son los que aun pudiendo no quieren acostumbrarse á ello. Si hay una ciudad en Europa donde pueda aprenderse bien la lengua del país, esta ciudad es Madrid seguramente, lo mismo que Toledo, Valladolid y Búrgos. El pueblo habla como los literatos escriben, y las diferencias de pronunciación entre las personas cultas y la plebe de los arrabales son ligerísimas. Y aun dejando á un lado aquellas cuatro ciudades, la lengua española es incomparablemente mejor hablada, más comun y por lo mismo más determinada, y en su consecuencia más eficaz, en los diarios, en el teatro y en la literatura popular, que la lengua italiana. Existen en España los dialectos valenciano, catalán, gallego, murciano y la anti-quísima lengua de las provincias vascongadas; pero se habla español en las dos Castillas, en Aragon, en Extremadura, en Andalucía, esto es, en cinco grandes provincias. La frase que gusta en Zaragoza, gusta también en Sevilla: el chiste que arranca aplausos en un teatro de Salamanca, obtiene igual efecto en un teatro de Granada. Dícese que la lengua española de nuestros días no es la misma de Cervantes, Quevedo y Lope de Vega; que la lengua francesa la ha bastardeado; que si viviera Carlos V, no diría ahora que es el idioma para hablar con Dios: y que Sancho Panza ni gustaría, ni sería comprendido. El que haya pasado algunos ratos en los figones y en los teatruchos de los arrabales, acepta á duras penas semejante sentencia.

Pasando de la lengua al paladar, fuéme necesario no pequeño esfuerzo para acostumbrarme á ciertos guisos y salsas de la cocina española; pero al fin me acostumbré. Los franceses, que en punto á comer son exigentes como niños mal educados, ponen el grito en el cielo: Dumas dice que en España ha padecido hambre; en un libro sobre España que tengo á la vista está escrito que los españoles sólo se alimentan con miel, sétas, huevos y caracoles. Pero todo esto es falso. Ellos pueden decir lo mismo de nuestra cocina. He conocido españoles cuyo estómago se revolvió al ver comer macarrones en salsa. Abusan, si se quiere, de las grasas; condimentan, quizás, demasiado fuerte, pero pueden, no obstante, satisfacer el apetito de Alejandro Dumas. Entre otras cosas, son maestros en los platos dulces. Su *puchero*, por otra parte, es el plato nacional que se come todos los días y en todas las casas. A mí me gustaba tanto, que lo devoraba con una voracidad *rosiniana*. El *puchero* es, respecto al arte culinario, lo que la antología respecto á la literatura: un poco de todo y de lo mejor. Un buen pedazo de carne de vaca forma como el núcleo del plato; las alas de un pollo, un pedazo de *chorizo*, tocino, legumbres y jamon alrededor y *garbanzos* por encima, por debajo y por todos lados.

Las gentes de paladar pronuncian con reverencia la palabra *garbanzos*. Son una especie de chícharos, pero más grandes, más blandos, más sabrosos; *garbanzos*, como diría un aficionado á la hipérbole, caídos de un mundo desconocido en el cual una vegetación igual á la nuestra fuera fecundada por un sol

mucho más potente. Ese es el *puchero* comun, que cada familia modifica segun el estado de su haber; el pobre se contenta con la carne y los *garbanzos*, mientras el rico le añade mil detalles exquisitos. En el fondo es más una comida que un plato y muchos son los que no comen otra cosa. Un buen *puchero* y una botella de *Valdepeñas* bastan para alimentar á cualquiera. No hablo de las naranjas, de las uvas de Málaga, de los espárragos, de las alcachofas y de otras mil legumbres y frutas, pues sabido es que en España son riquísimas. Realmente los españoles comen poco: será que en su cocina predomina el pimiento, las salsas fuertes y la carne salada; será que comen *chorizos*, como dicen ellos, *que levantan las piedras*; ó lo que es lo mismo, que queman los intestinos; pero lo cierto es, repito, que comen poco y beben menos. Despues de la fruta, en vez de apurar una buena botella, prefieren una taza de café con leche, y casi nunca beben vino por la mañana. En la mesa redonda de una fonda, jamás he visto á un español apurar una botella; á mí, porque la apuraba, me miraban con sorpresa como si fuera un borracho escandaloso. Es raro en las ciudades de España, ni aun en los días de fiesta, encontrar un beodo por las calles; y por ello seguramente, dada la fogosa sangre de aquellas gentes y el libre comercio de navajas y puñales, son más raros de lo que se cree fuera de España, los desafíos y asesinatos.

Halladas ya la casa y la cocina, no me quedó más trabajo que rondar por la ciudad, con la *Guía* en el bolsillo y el cigarro *de tres cuartos* en la boca.... "ofi-

cio llano y fácil".... Los primeros días no sabía alejarme de la *Puerta del Sol*; allí permanecía horas y horas y me gustaba tanto, que hubiera querido permanecer todo el día en aquella plaza. Y en verdad que es digna de su fama, no tanto por su grandiosidad y su belleza, como por la gente, por la vida, por la variedad del espectáculo que presenta á todas horas. No es una plaza como las demás: es á la vez un salón, un paseo, un teatro, una academia, un jardín, una plaza de armas, un mercado. Desde que apunta el día hasta despues de media noche, hay allí una turba inmóvil y una muchedumbre que va y viene por las diez grandes calles que á la plaza afluyen, con tal movimiento de coches que aturde y mareca. Allí se encuentran los negociantes, los demagogos desocupados, los cesantes, los rentistas, los jóvenes elegantes; allí se trafica, se habla de política, se hace el amor, se pasea, se leen los diarios, se caza á los deudores, se buscan los amigos, se preparan las manifestaciones contra el ministerio, se inventan las noticias falsas que dan vuelta á España y se comenta la crónica escandalosa de la ciudad. Por las aceras, que son tan anchas que podrian pasar por ellas cuatro coches de frente, es necesario abrirse paso á la fuerza. En el espacio que abarca una losa, se ve un guardia civil, un vendedor de fósforos, un corredor de Bolsa, un pobre, un soldado, todos formando un haz. Y pasan grupos de escolares, criados, generales, ministros, gente del pueblo, toreros, damas; pobres vergonzantes que os piden limosna al oído para que nadie los vea; *Celestinas* que os miran con ojos malicio-

sos; sombreros que saludan, sonrisas, apretones de manos, frases alegres, voces de: *¡Paso!* de los mozos de cuerda; vinateros que atropellan con el barril á cuestas; gritos de vendedores de periódicos y de aguadores, ruido de cascabeles de diligencias, toses de ancianos, ruido de sables, punteos de guitarras y cantares de ciegos. Luego cruzan los regimientos con sus músicas, el Rey despues; más tarde se riega la plaza con inmensos chorros de agua que se entrelazan en el aire; y llegan los fijadores de los anuncios de teatros, y los vendedores de *suplementos*, y sale un ejército de empleados del Ministerio de la Gobernación, y vuelven á pasar las bandas: se iluminan las tiendas, la muchedumbre se hace más compacta, se multiplican los codazos, y crece el vocerío, el estrépito y la algazara.

Y no es el rumor de un pueblo ocupado: es la vivacidad de gente dichosa, la alegría de un carnaval, el ócio inquieto, un torbellino, una fiebre de placer que contagia y allí nos detiene ó nos hace dar vueltas como devanaderas sin dejar salir de la plaza; una curiosidad que no se satisface nunca, un ánsia inmensa de no hacer nada, de no pensar en maldita de Dios la cosa, de oír chistes, de bromear, de reír. Tal es la famosa plaza llamada *Puerta del Sol*.

Una hora pasada allí basta para conocer de vista, en sus varios aspectos, el pueblo de Madrid. El pueblo bajo viste como en nuestras grandes ciudades; los caballeros, hecha excepcion de la capa que usan en invierno, segun la moda de París; y todos, del duque al escribano, del barbilampiño al viejo verde,

limpios, atildados, con pomada y cosmético, siempre enguantados, cual si á todas horas acabaran de salir del tocador. Bajo este aspecto se parecen á los napolitanos; hermosos cabellos negros, barbas muy bien cuidadas, y manos y piés de mujer. Es raro ver un sombrero hongo, pues casi todos son de copa alta. Bastones, leontinas alfileres, dijes y bucles sobre la oreja, á millares. Las señoras visten también á la francesa, á no ser en ciertos días de fiesta. Las mujeres de la clase media usan todavía la mantilla. Pero los zapatos de raso, la *peineta*, los colores vivos, el traje nacional: todo ha desaparecido. Mas siempre son aquellas mujeres tan decantadas por sus grandes ojos, por sus manos y piés de niño; de cabellos negros, más bien blancas que morenas, graciosas, esbeltas y vivarachas.—Para pasar revista al bello sexo madrileño, se debe ir al *Prado*, que es para Madrid lo que la *Cascine* para Florencia. El *Prado*, propiamente dicho, es una ancha avenida, no muy larga, con otras más pequeñas á los lados, que se extiende al oriente de la ciudad, junto al famoso jardín del *Buen Retiro*; cerrado en ambos extremos por dos enormes fuentes, adornada la una con una *Cibeles* colosal, en su carro tirado por leones, y la otra con un *Neptuno* de iguales proporciones arrastrado por caballos marinos, y ambas con bonitos juegos de agua que se cruzan y caen produciendo grato murmullo. Esta gran avenida, con innumerables sillas á ambos lados y centenares de mesas para refrescar, es la parte más frecuentada del *Prado*, y la llaman el *Salon*. Pero el paseo se prolonga hasta más allá de la fuente de *Neptuno*, y

se encuentran nuevas avenidas, nuevas fuentes y otras estatuas; y por entre árboles y juegos de agua se llega hasta Nuestra Señora de Atocha, la famosa iglesia que la reina Isabel II colmó de donativos después del atentado del 2 de Febrero de 1852, y en la cual el rey Amadeo vió el cadáver del general Prim. Desde aquí se abarca con la mirada el campo árido y desierto de los alrededores de Madrid y las nevadas montañas del Guadarrama.

Si bien el *Prado* es el paseo más célebre, no es con todo ni el más hermoso ni el más grande de la villa. En la prolongación del *Salon del Prado*, pasada la fuente *Cibeles*, se extiende como unas dos millas el paseo de *Recoletos*, á cuya derecha se levanta el vasto y alegre barrio de Salamanca, residencia de los ricos, de los diputados y de los poetas, y á la izquierda una cadena de pequeños palacios, de teatros y de edificios nuevos, pintados con vivos colores. Y no es un sólo paseo: son diez, uno después de otro, y éste más hermoso que aquél, con grande espacio para carruajes y ginetes: vías para los que gustan de la gente y el bullicio, caminos para los solitarios, separados por altas vallas de mirto, bordeados y cortados por jardines y pequeños bosques, donde se elevan estatuas y fuentes, ó se cruzan misteriosos senderos. Los días festivos se goza allí un espectáculo encantador: de un extremo á otro del paseo se forman dos procesiones opuestas de gente, coches y caballos. En el *Prado* apenas puede darse un paso: los jardines se ven invadidos por millares de niños; se oye la música de los teatros de tarde; por todas partes, se escucha un murmullo de fuentes,

un crujir de vestidos, una algarabía de chiquillos, un trotar de caballos, que no es posible describir. Y allí no existe sólo el movimiento, sino la alegría del paseo, el lujo, el ruido, el torbellino, el contento febril de una fiesta. Durante aquellas horas la ciudad queda desierta. Al oscurecer, toda aquella muchedumbre se empuja hácia la calle de Alcalá, y entonces, desde la fuente Cibeles hasta la *Puerta del Sol*, sólo se ve un mar de cabezas, surcado por una fila de carruajes hasta donde alcanza la mirada.

Como por los paseos, es también Madrid, sin duda alguna, por sus teatros y espectáculos una de las primeras ciudades del mundo. Sin contar el teatro de la Opera, que es muy grande y riquísimo; sin hablar de la Comedia, Zarzuela y Circo de Madrid, todos de primer orden por su magnitud, elegancia y concurrencia; prescindiendo de todos éstos, digo, existe un sin fin de teatros secundarios para las compañías dramáticas y ecuestres, academias musicales y *vaudevilles*, con sus bonitas salas, sus palcos y galerías, elevados ó plebeyos, al alcance de todas las fortunas, para todos los gustos y á cualquier hora de la noche, y es de advertir que ni uno tan sólo deja de llenarse todos los días. Existen además el Circo de gallos, la Plaza de toros, los bailes populares, los juegos. Cada día se ofrecen veinte espectáculos diversos, desde media tarde hasta el alba. La ópera, que inspira al pueblo español una verdadera pasión, es siempre espléndida, no sólo en la estación de Carnaval, sino en todas las estaciones. Cuando estuve en Madrid, cantaba la Fricci en el teatro de la *Zarzuela* y Stagno en el Circo, rodeados

ambos de artistas de mérito, con excelentes orquestas y grandioso aparato. Los más célebres cantantes del mundo desean darse á conocer en la capital de España, porque los artistas son festejados y queridos. ¡Sólo su pasión por la música puede hacer olvidar su afición á los toros! Hasta el teatro de la Comedia está en auge. Hartzenbusch, Breton de los Herreros, Tamayo, Ventura de la Vega, Ayala, García Gutiérrez y otros muchísimos escritores dramáticos, muertos algunos, y en el extranjero otros, han enriquecido el teatro moderno con gran número de comedias, que si bien no tienen aquel profundo sello nacional que hizo inmortales las obras dramáticas del gran siglo de la literatura española, están, con todo, llenas de sabor, de sal y de buen gusto literario, siendo, sin comparación alguna, mucho más morales que las comedias francesas. Al representarse las comedias modernas no se olvidan las antiguas. En los aniversarios de Lope de Vega, Calderon, Moreto, Tirso de Molina, Alarcon, Rojas y demás lumbreras del teatro español, se ponen en escena sus obras escogidas con grandiosa pompa. Los actores, no obstante, no acaban de gustar á los autores: tienen los mismos defectos que los nuestros; sus gestos, gritos y sollozos nunca son naturales, pero hay quien prefiere á los nuestros todavía, porque encuentran en ellos más variedad de cadencias y acentos. Además del drama y la comedia se representa aun un bosquejo dramático, esencialmente español, el *sainete*, en el cual fué gran maestro D. Ramon de la Cruz. Es una especie de farsa, que por lo comun retrata costumbres andalu-